

Contribución al romancero español

(CINCO VERSIONES ARAGONESAS)

por Pedro Marín

(PÁGINA EN BLANCO)

Como contribución al estudio del Romancero Español doy cinco versiones que recogí en un pueblecito de la provincia de Zaragoza. Dicho pueblo, Inogés, pertenece al partido de Calatayud y forma parte de la comarca bañada por el río Gúro, afluente del Jalón. Bajo la sombra de la sierra de Vicort se albergan en el citado lugar unas quinientas personas. Es ahora cuando sus habitantes, de vida sencilla y en general atrasada, se asoman un poco a la civilización. No obstante, las personas mayores viven ajenas a este discurrir de los tiempos. Hecho que corrobora mi afirmación es el de que todavía se siguen cantando los romances y de que las jóvenes y aun los niños alternan los aires de la música moderna con las melodías de los abuelos.

Aprovechando una corta estancia en este pueblo, hace tres años, se ha limitado a él mi recogida de romances, pero no dudamos de que en otros pueblos de esta región habríamos de encontrar nuevas versiones.

Urgente sería que los musicógrafos tomaran las melodías de estos romances. Es fácil de notar que los ancianos conservan la melodía primitiva con más exactitud, mientras que los jóvenes y personas de mediana edad la someten a inflexiones de jota.

En todos ellos notaremos un cierto prosaísmo, que dice muy bien al temperamento aragonés poco imaginativo. No están muy bien conservados, encontrando a veces fallos de la memoria y confusiones curiosas. Los nuevos adelantos, el influjo constante de las canciones modernas, que llegan a través de la radio, es un cáncer que amenaza de cerca a la conservación total o parcial de estas reliquias del pasado¹.

1. Estos romances fueron todos tomados de boca de dos muchachas jóvenes de unos veinte años, y de una mujer de cuarenta, excepto el de *La boda estorbada*, que me fué recitado por una anciana de unos ochenta.

LA BODA ESTORBADA

Recogido del pueblo y por Durán y el "Solitario", don Ramón Menéndez Pidal lo ha estudiado a la luz de un gran número de versiones de diversos lugares de España. La nuestra, no muy bien conservada, se caracteriza por mostrar rasgos arcaicos, como las versiones que se dan en Cataluña, Tánger y otras partes de la Península, juntamente con otros que Pidal considera característicos, bien de la llamada por él región sudeste, bien de la noroeste. No es de extrañar esto tratándose de un lugar folklórico fronterizo en que es natural haya interpenetración de variantes típicas de una u otra región².

Una bella muestra de este romance es la que D. Ramón Menéndez Pidal nos ofrece en su *Flor nueva de romances viejos*, Madrid, 1933, C. Austral, pág. 213. El mismo autor nos da otra versión en su *Romancero judío-español* y que corresponde al núm. 60 de su ordenación. (*Romancero. Teorías e Investigaciones*, Madrid, Biblioteca de Ensayos núm. 3. Editorial Paez). Varias encontramos en el *Romancero Popular de la Montaña*, de José María de Cossío y Tomás Maza Solano, Santander, 1933, v. I, págs. 151-181.

*Hoy se parte el conde Alarcos,
hoy se parte, hoy se va.
Los ojos de la condesa
ya no cesan de llorar.
—Condesa, no cuentes días,
por años hay que contar;
si a los siete años no vengo,
condesa, tepués casar.*

2. Vid. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Sobre Geografía Folklórica*. (Revista de Filología Española, 1920, v. VII, págs. 267-298).

*Pasan siete, pasan ocho,
 conde Alarcos no vendrá;
 y un día estando comiendo,
 su padre le envió a llamar.
 —¿Cómo no casar, condesa?³
 Condesa, ¿no quieres casar?
 —No permita Dios del cielo
 ni la Santa Trinidad.
 Mientras conde Alarcos viva
 condesa no se ha e casar.
 Se quita ropas de seda
 y se viste de un sayal.
 Las gargantillas que lleva
 vale más que una ciudad.
 Ha andado siete jornadas.
 No encontró con quien hablar.
 Y a la entrada de la anchuela
 se ha encontradito un zagal.
 —Dirme, dirme, zagalito,
 dirme, dirme, la verdad.
 ¿De quién son esos caballos
 que llevas a apacentar?
 —Señoría, del conde Alarcos
 que mañana se ha e casar.
 Si no se casa mañana
 tres días lo más tardar;
 ya tienen la carne muerta
 y el pan masadito está.
 No pregunta por posada
 ni menos por hospital,
 va derechita al palacio
 donde el conde Alarco está.
 —Derme limosna, güen conde,
 que bien me la puedes dar;
 qué allá arriba en Nobardia
 me han robadito en la mar.
 Se echa mano a su bolsillo*

3. He procurado en la transcripción ser, en lo posible, fiel al recitado que me hicieron de estos romances. De aquí que a veces nos aparezcan junto a formas cultas, otras, vulgares. Haré notar que, por tendencia a la corrección, mis recitadores no asimilata la r del infinitivo a la consonante del pronombre personal eclético, falseando, así, la realidad del habla viva de aquella región. En este caso me he limitado a conservar esa tendencia circunstancial a la corrección, dando la forma no asimilada.

*y l'ha largadito un rial.
—Poca limosna es, güen conde
para que solia dar.
Le pregunta si es casada.
—Casadita y por casar;
me casé con conde Alarcos
que se fué y no vino más.
Esto que ha oído el buen conde
se ha caído desmayado.
Sale su dama segunda
y así se le pone a hablar:
—¡Maldita sea romera
que diablo te trujo acá!
—Poco a poco mi señora,
poco a poco en el hablar,
que la boca que mucho habla
en uno u otro ha errar.
—Esta es mi primera dama
con ella m'hi de tornar.
—¡Mal haya seas mujer
que al hombre vas a buscar,
y mal haya sea el hombre
que a otra mujer va a engañar!*

II

LA SUEGRA PERVERSA

La versión que presentamos viene a ser una más entre las muchas que se conocen sobre este tema. Menéndez Pelayo recogió en el suplemento a la *Primavera* de Wolf, unas cuantas versiones de este romance desempolvadas de la tradición por varios coleccionistas. (Vid. en *Antología de Poetas Líricos Castellanos*, Santander, 1945, v. IX, págs. 221-224, 324, 326, 330, 364, 403-404). Engruesan este caudal las dadas por Cossío y Maza, en op. cit., v. I, págs. 241-279. Véase también la versión judeo-española que Guillermo Díaz-Plaja inserta en su colección bajo el título *Aportación al Cancionero judeo-español del Mediterráneo oriental*, publicada en el Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, 1934, págs. 44-61, rom. núm. 2. Id. Narciso Alonso Cortés, *Romances tradicionales*. (*Revue Hispanique*, v. L, páginas 210-213).

*Ya se pasea Carmona
por una sala muy grande.
Dolores de parto tiene
que le apretaban bastante.
Ya si asomó a la ventana,
vió el palacio de sus padres.
—¡Quién se viera, madre mía,
en los valles de mis padres!
Y la picara la suegra,
todo lo estaba escuchando.
—Vete a casa de tus padres,
que aquí estarás con suegra
y allí estarás con tus padres.
Por una puerta entra Pedro,
por otra Carmona sale.*

—Madre, ¿dónde está Carmona
que no ha salido a esperarme?

—¡Ay hijo mío de mi alma!
Se ha marchado con sus padres.

Mi ha tratao de mala suegra,
y a ti, hijo de malos padres;
y hasta ha querido decir
que eras hijo de algún fraile.

Coge Pedro su caballo,
que corria más qu'el aire,
y a casa Carmona va.

Al llegar a la escalera,
se encontró a la madre d'ella:

—Buenos días tenga, Pedro,
buenos días vengo a darle,
que tiene Carmona un niño
que es parecido a un infante.

—Del infante gozaremos,
de Carmona Dios lo sabe.

Y al llegar a la entresala:

—Levántate de ahí, Carmona,
no me hagas incomodarme,
que si yo de ahí te levanto
ha de ser para matarte.

—Criados los de mis padres,
criados los mis criados,
la una subir a vestirme,
la otra subir a calzarme,
la otra subir a empañar,
a empañar mi niño en pañales.

Ya me tienes, Pedro mío,
para hacer lo que me mandes.

—¿Adónde quieres montar,
en las ancas o adelante?

—En las ancas, Pedro mío,
para arrojarme al suelo antes.

—Ya he andado mucho camino
sin hablar una palabra.

Carmona, ¿cómo no me hablas?

¿Cómo no me hablas como antes?

—¿Cómo quieres, Pedro mío,
cómo quieres que yo te hable,

*si las ancas del caballo,
van regaditas en sangre?
—En aquella ermita nueva
llevo intención de matarte.
—Dirme que te he hecho yo,
para que tú a mí me mates.
—A mí no mi has hecho nada,
pero a la pobre mi madre
l'has tratao de mala suegra,
y a mí, hijo de malos padres:
hasta has querido decir
que era yo hijo de algún fraile.
—No es verdá eso, Pedro mio;
si es verdá, qu'el niño hable.
—Dios del cielo, exclamó ella,
niño de un día nacido,
ha habladito con sus padres.*

III

DELGADINA

Como dice don Ramón Menéndez Pidal, es el romance más conocido en España y América. (Vid. Menéndez Pelayo, op. cit., v. IX, págs. 247-251, 280-287, 323, 356 y 412. Menéndez Pidal, *Romancero...*, pág. 166, núm. 99 de su colección. Cossío y Maza, op. cit., v. I, páginas 163-174. Díaz-Plaja, op. cit. rom. núm. 7. Narciso Alonso Cortés, op. cit., págs. 205-207).

*Un rey tenía tres hijas
como tres clares [sic] de plata,
y la más chiquirritita
Delgadina se llamaba.
Un día estando comiendo
su padre la remiraba.
—¿Qué me miras, papa mío?
¿Qué me miras, que me matas?
—¿Qué te tengo de mirar?:
que has de ser mi enamorada.
Ya se subió Delgadina
a una ventana muy alta.
Desde allí vió a sus hermanas
que peinándose en estaban.
Los peines eran de oro,
los peines eran de plata.
—Hermanas, hermanas mías,
subirme un poco de agua;
la garganta se me seca
y el galillo se me acaba.
—Hermana, hermana mía,
yo bien te lo subiría,*

20

*pero el picaro de papa,
 tiene la fuente arrendada;
 tiene un guardia en cada esquina,
 y una rosa en cada caño,
 y una gota que faltara
 la garganta nos cortara.
 Ya se subió Delgadina
 otra ventana más alta.
 Desde allí vió a su mamá
 que a misa caminaba.
 —Mama, mama, mama mía;
 subirme una jarra de agua;
 la garganta se me seca
 y el galillo se me acaba.
 —Hija, hija, hija mía,
 yo bien te lo subiría
 pero el picaro de papa
 tiene la fuente arrendada.
 Tenía un guardia en cada esquina,
 y una rosa en cada caño,
 y una gota que faltara
 la cabeza nos cortara.
 Ya se subió Delgadina
 a la más alta ventana.
 Desde allí vió a su papá
 que paseándose estaba.
 —Papa, papa, papa mío
 subirme una jarra de agua;
 la garganta se me seca
 y el galillo se me acaba.
 Ya se ponen a comer
 y dicen estas palabras:
 —Hijas, hijas, hijas mías,
 subirle este pedazo de pan
 y esta jarra de agua
 a mi hija la Delgadina
 Mientras hermana subía,
 Delgadina ya expiraba.
 La Virgen la amortajaba.
 Las campanitas del cielo
 ellas solas se tocaban.*

I V

T A M A R

La primera versión fué dada por Rodríguez Marín en el *Boletín Folklórico* y reproducida por Menéndez Pelayo en op. cit., v. IX, página 303. (Vid. también Cossío y Maza, op. cit., v. I, págs. 27-35. Menéndez Pidal, *Romancero...*, pág. 141, rom. núm. 37. Narciso Alonso Cortés, op. cit., pág. 254).

*En los palacios del rey
iba la linda Altamara,
con su linda jarra en mano
y en el hombro una toballa.
Su hermano, por sus amores,
ha caído enfermo en cama.
—¿Qué tienes, hermano mío?
¿Qué tienes que estás en cama?
—La enfermedad que yo tengo,
entre tus ojillos anda.
—¿Quieres que te mate un ave
de esos que vuelan por casa?
Te lo pondremos en caldo
y que te lo suba tu hermana.
—Le diga que suba sola,
que no suba acompañada⁴.
Como era en tiempo verano*

4. Notaremos lo viciada que está nuestra versión al observar en los versos que anteceden, un cambio inusitado en el diálogo. Al principio es Altamara quien se dirige a su hermano y a continuación, sin que se nos avise, comienza entre padre e hijo un coloquio del cual se deduce ("Le diga que suba sola") que la muchacha se halla alejada de la escena.

En todas las versiones que he consultado es primeramente el padre o excepcionalmente la madre quien dialoga con el hijo. Reproduzco a continuación la variante de una de

*la niña subió en enaguas;
 la agarró de la cintura
 y se la metió en la cama.
 Hizo lo que quiso d'ella,
 y hasta escupirle en la cara.
 Todo lo estaba escuchando
 su padre de la entresala:
 —¿Qué has hecho, hijo querido?
 ¿Qué has hecho, hijo de mi alma?
 —Perdóname, padre mío,
 he desgraciado a mi hermana.
 —Ya estás perdonado, hijo,
 meteremos a tu hermana
 en el convento Santa Clara.
 —¿Qué palabras de padre tiene?
 ¿Qué palabras tan mundanas?
 Cogió un puñal en la mano
 y se ha traspasado el alma.
 Mientras ellos lloraban,
 la niña relacionaba:
 más quiero morir así,
 que no ser mujer mundana.
 Aquí se acaba el romance
 del hermano y de la hermana;
 de los peces y las aves,
 y esos de tierra africana.*

las versiones de Cossío y Maza (op. cit. v. I, pág. 29), correspondiendo a esta parte, en que la acción y el diálogo transcurren lógicamente:

Su madre, que lo ha sabido,—por la escalera bajaba
 —¿Qué tienes, Miguel Alonso,—qué tienes que estás en cama?
 —Tengo calentura lenta—que me está arrancando el alma.
 —De las cosas de este mundo —dime lo que te gustara,
 Si te gustara una polla,—que Ultramará te la traiga.
 —Si me la trae Ultramará,—que no venga con compañía.
 Iba la niña Ultramará —por la sala Ultramarina,
 Derechita como un pino,—relumbra como una espada.
 Lleva la polla en la mano—y en el hombro la toalla,
 en la manita derecha—una jarrita con agua.
 —¿Qué tienes, Miguel Alonso,—qué tienes que estás en cama?
 —El mal que yo tengo, niña,—entre los tus ojos anda.

5. Véase la curiosa semejanza entre los tres versos anteriores a esta nota y los que a continuación citamos de dos versiones del romance de *Ilenia* o *Elena* (Santa Irene):

De tres hijas que tenía —le pidió la más galana;
 pero él le dice que no,—que no la tiene pa casarla
 que la tiene pa meter monja—de la orden de Santa Clara.

(MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ant. Poet. Lir.*, v. IX, pág. 317).

De las tres hijas que tiene —le pidió la más mediana,
 Yo le dije:—Caballero,—no la tengo pa casada,
 la tengo para ser monja—de la religión bernarda.

(NARCISO ALONSO CORTÉS, op. cit., pág. 256).

V

PRINCESA ENAMORADA DE UN SEGADOR

Es muy popular en la Península y no se encuentra en colecciones antiguas. (Vid. Menéndez Pidal, *Romancero...*, pág. 170, rom. número 108. Id. Cossío y Maza, op. cit., v. II, pág. 67).

*El rey tenía una hija
 más bonita que la plata.
 Su padre, que ha de ser monja,
 y ella, que ha de ser casada.
 Una tarde, tomando el fresco,
 por su barcón paseaba;
 pasaron tres segadores:
 d'ellos quedó enamorada.
 Al instante fué llamado
 con una de sus muchachas:
 —Oiga ustedé, güen segador,
 que le llama mi señora.
 —Su señora ¿qué querrá?:
 ¿que le siega la cebada?
 —Tres mil pesetas le da
 si le siega la cebada.
 —La cebada ¿dónde está?
 —Ni está en alto, ni está en bajo,
 ni está en bajo, ni en montaña,
 está en medio dos colunas
 que me atraviesan el alma.
 A eso de la media noche,
 la niña le preguntaba:
 —Oiga ustedé, güen segador,
 ¿qué tal lleva la cebada?*

—Ya llevo cuatro gavillas
y cinco con la empezada.
Su padre que la oye hablar:
—Hija mía, ¿con quién hablas?
—Padre, ¿con quién voy hablar?
con una de mis criadas;
que tenía mucho frío,
me la hi traído a mi cama.
Eso que oye el segador,
se arroja por la ventana.
—Oiga usted, güen segador,
que se le olvida la paga.
—Echeme tres mil pesetas
en un pañuelo de espada.
Coge las tres mil pesetas.
Se arroja por la ventana.
—Oiga usted, güen segador,
que si volverá mañana.
—Si, señora, volveré,
pero volveré la espalda.